

El afrontamiento y la capacidad de resiliencia de las personas ante los riesgos por desastres naturales



Ana Sandra Aguilar-Mendoza¹
Investigadora Utec
ana.aguilar@utec.edu.sv

URI: <http://hdl.handle.net/11298/280>
DOI: <http://dx.doi.org/10.5377/entorno.v0i62.6086>

Recibido: 11/07/16 – Aceptado: 20/09/16

Resumen

El presente estudio tiene como objetivo el identificar la existencia de un patrón de características sociodemográficas de las personas que residen en el barrio Santa Anita de la zona metropolitana de San Salvador, El Salvador, asociado con la presencia de un afrontamiento activo antes del surgimiento de eventos de desastres naturales. Es un estudio descriptivo correlacional, en donde se utilizaron correlaciones de Spearman y pruebas no paramétricas. La muestra estuvo constituida por 244 residentes del barrio, en donde el 54 % pertenecía al sexo masculino y el 46 % al femenino. Se utilizó un cuestionario con dos escalas: la de estrategias de afrontamiento a riesgos extremos adaptada por López-Vázquez y Marván (2004) y una ad hoc, adaptada de la escala de López-Calleja y Núñez (2014). Entre los resultados se encontraron diferencias en el afrontamiento que presentan los participantes según la edad. No hay diferencias estadísticas significativas en el afrontamiento activo entre hombres y mujeres, pero estas presentan medias más altas en el afrontamiento pasivo. En cuanto al estado civil, no hay diferencias entre este y el afrontamiento activo y pasivo. Los participantes confían más en la información que proporcionan la alcaldía y Protección Civil sobre los peligros que se corren ante los desastres naturales. El afrontamiento activo está relacionado con las medidas de aseguramiento

Abstract

The goal of this study was to identify the existence of a pattern of sociodemographic characteristics in people residing in Barrio Santa Anita, in the metropolitan area of San Salvador, El Salvador, in relation to the existence of an active coping at the emergence of natural disasters. This is a correlational study where Spearman correlations and non-parametric tests were used. The sample consisted of 244 residents, 54 % of which were male and 46 % female. A two-scale survey was used: coping strategies and extreme risks—as adapted by López-Vázquez and Marván (2004) and also an ad-hoc survey adapted from the López-Calleja and Núñez (2014). Some of the results showed the following elements: there are differences in the way people cope with natural disasters based on their age. There are no relevant statistical differences in active coping among men and women; however, the latter showed higher median results in passive coping. In regards to their marital status, there are no differences between this and coping either passively or actively. The participants show a higher level of confidence in the information provided by the city hall and Protección Civil [Civil Protection] about the dangers to be faced before natural disasters. Active coping is related with the security of homes, water supply availability and the

¹ Docente investigadora de la Universidad Tecnológica de El Salvador, Psicóloga, con Maestría en Salud Pública, Maestría en Docencia e Investigación Educativa, estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de El Salvador. Correo electrónico: ana.aguilar@utec.edu.sv. Correo postal: Universidad Tecnológica de El Salvador, edificio Dr. José Adolfo Araujo Romagoza, Vicerrectoría de Investigación, Dirección de Investigaciones, calle Arce y 19.ª avenida Sur, 1045.

de viviendas, del agua y de actualización de planes de prevención. Sin embargo, es mayor el porcentaje de familias que presentan un afrontamiento pasivo.

Palabras clave

Desastres naturales-El Salvador; Resiliencia (Psicología); Fenómenos cíclicos.

update of prevention plans. However, most families show passive coping.

Keywords

Natural disasters-El Salvador; Resilience (Psychology); Cyclical Phenomena.

Introducción

En el mundo la Tierra presenta cambios producidos naturalmente y por acción del hombre. En El Salvador, históricamente han ocurrido eventos que representan desastres. Durante el período de 1910 a 1920 ocurrieron “deslizamientos de tierra, epidemias, inundaciones, sismos, erupciones, vendavales, tormentas eléctricas, un tsunami, hundimientos, plagas y avenidas. En 1922, ocurrió una inundación catastrófica en los barrios La Vega y Candelaria, ubicados en la zona urbana del municipio de San Salvador (MARN/SNET-PNUD, 2006). Durante el período de 1930-1940, la tormenta de junio, en 1934, desbordó el río Lempa, arrasando con cementeras y destruyendo la línea férrea.

La inundación en San Salvador arrasó con viviendas que se encontraban en las cercanías a Los Planes de Renderos. En 1936 surgió un enjambre sísmico en San Vicente, lo que ocasionó grandes destrucciones del área urbana. Alrededor de 1944, el país vivió una crisis económica que aumentó la vulnerabilidad habitacional rural; los campesinos construían casas de paja, lo que ocasionó muchos incendios, que fueron calificados como “incendio pajizo”. Durante esa época los desastres más frecuentes fueron incendios en casas pajizas, en forestales y en las haciendas. No se mencionaba en las agendas periodísticas el tema de la prevención de desastres y solo se recomendaba lo que se debía hacer, con frecuencia por especialistas extranjeros (MARN/SNET-PNUD, 2006).

Durante el período de 1959 a 1960 ocurrió un terremoto en la zona oriental del país, fue conocido como “el terremoto de Jucuapa y Chinameca”; muchas personas fueron evacuadas y trasladadas a San Salvador. Las lluvias ocasionaron deslizamientos, inundaciones y se caracterizaron las tormentas eléctricas, por electrocutar a personas que se cubrían de la lluvia debajo de árboles. Lo que es llamado *regionalización de eventos* (pág. 19) convergió también en la reproducción de plagas, como el chapulín. Las inundaciones en el bajo Lempa ocasionaron pérdidas millonarias en los cultivos. En 1958 se

incendió la catedral de San Salvador debido al mal manejo de acetatos de películas que habían sido guardadas ahí por más de veinte años (MARN/SNET-PNUD, 2006).

En el año 1965, un terremoto afectó varios municipios de San Salvador y La Paz, en donde se registraron daños en varios edificios públicos. Como consecuencia murieron muchos peces en el lago de Ilopango, a raíz de la contaminación por aguas azufradas. Al final de 1969 se desencadenó una guerra con el vecino país de Honduras. A partir de los años 70, los eventos más representativos fueron huracanes e inundaciones. Los huracanes Fifi y Frederick dañaron la estructura vial y agrícola. Tanto en las riberas del río Lempa como en las del Acelhuate, ubicado en San Salvador, provocaron la pérdida económica y social de sus habitantes.

En 1974, las lluvias produjeron en el volcán Chaparrastique deslaves que afectaron de nuevo los cultivos, las viviendas y sus habitantes. En el período comprendido entre 1980 y 1990, se creó el Comité de Emergencia Nacional, ante la frecuencia del mismo tipo de desastres de las décadas anteriores. Pero el trabajo realizado por este organismo no avanza en materia de prevención de desastres y tampoco en el área de análisis de información estadística. El 10 de octubre de 1986 un terremoto sacude a San Salvador, dejando el área metropolitana con inmensas pérdidas materiales y humanas. En la colonia Montebello, en 1982, ocurre un aluvión proveniente de las faldas del volcán de San Salvador. Cuatrocientas personas fallecieron. Las colonias urbanas se ven afectadas en esta década por deslaves, desprendimientos de tierra de cerros y deslaves por inundaciones en poblaciones urbanas.

En el período de 1990 a 2000, los bosques estaban intervenidos por las acciones humanas, la deforestación fue inminente debido a la tala indiscriminada de bosques, la sobreexplotación de los recursos naturales fue la causa de la contaminación y el apareamiento de enfermedades gastrointestinales y respiratorias. Las inundaciones se convirtieron en eventos recurrentes; el sistema de aguas lluvias y aguas residuales

entró en crisis, causando el colapso de tuberías domésticas y públicas, lo que ocasionó inundaciones. El huracán Mitch, que azotó Latinoamérica, en El Salvador causó muchas pérdidas económicas, agrarias y humanas.

La crisis energética por el fenómeno del niño aumentó la probabilidad de riesgo para todo el país, con pérdidas millonarias en producción de energía. Hasta este período se empieza a escuchar a los ambientalistas, y los agentes tomadores de decisiones empiezan a debatir sobre los riesgos, dándoles mayor atención. El ajuste estructural en el área económica no se esperó, y este contempló la privatización de los servicios públicos; se sistematizó la información y la divulgación oficial de las acciones ante el cambio climático y las emergencias.

En el año 2001 ocurrieron dos terremotos, durante los meses de enero y febrero, de mayores magnitudes y con reiteradas réplicas, que dejaron más de 2 mil muertos e inmensas áreas del territorio nacional destruidas. Posteriormente, en el año 2005, el huracán Stan dejó también pérdidas, por lo que la mitigación y prevención de desastres empieza a tomar forma. Se enfatiza en la educación en riesgo, y organizaciones no gubernamentales inician un trabajo más organizado sobre la prevención de riesgos (MARN/SNET-PNUD, 2006). A partir de estos últimos eventos, han ocurrido dos tormentas cuyos estragos han afectado tanto a poblaciones rurales como urbanas: la Ida, que afectó áreas urbanas, sobre todo las cercanas al lago de Ilopango; y la E-12, que afectó a poblaciones del bajo Lempa, principalmente. Además, en las áreas urbanas, estas tormentas han ocasionado inundaciones y deslaves de viviendas y pérdidas humanas.

Estos eventos catastróficos, con efectos de pérdidas económicas y humanas, asociados con los resultados de las administraciones del Estado y con el manejo del medio ambiente por los mismos pobladores, hacen que los residentes, tanto del área urbana como rural de El Salvador, vivan con efectos generados por el estrés. La atención a los estresores produce una evaluación simbólica y cognitiva sobre la amenaza, esto produce estrés y provoca un descontrol cognitivo, emocional y volitivo para realizar diferentes actividades de la vida diaria. La carencia del apoyo social en estas circunstancias provoca un conformismo o una desesperanza. Seligman desarrolló una teoría en la cual explica que las condiciones traumáticas ocasionadas por un evento estresante que sobrepasa las capacidades del individuo exceden sus recursos y no permiten superarlas con éxito, lo cual lleva a la persona a percibir cognitivamente la ineficacia de sus respuestas,

desarrollando un patrón de indefensión (Barraza, 2007). Este patrón permite que haya poco control de sus emociones. Por lo que se manifestará en presentar déficit en diferentes áreas personales, familiares y colectivas. La posibilidad de presentar un estado de resiliencia tiene relación con una serie de comportamientos cognitivos, afectivos y sociales, los cuales pueden ser aprendidos o desarrollarse.

El hablar de resiliencia ante eventos extremos, como los desastres naturales, implica conocer las capacidades de afrontamiento de las personas antes, durante y después de un evento. Para Seligman, existe, por lo tanto, una posible relación entre el aprendizaje instrumental y el miedo condicionado.

El abordar a la resiliencia como un estado se explica según la teoría de Ribes (2007), quien define a los estados psicológicos como "condiciones previas y posteriores a un proceso. Representan condiciones por lo tanto estables que no están en transformación, sino que son condiciones de existencia" (pág. 240). Hablar de *estado de resiliencia* implica que la persona incluye en su perfil de personalidad características adaptativas, estables, que sean un recurso positivo para la salud, ya que esta se ve desde dos enfoques positivos: "la resistencia a la destrucción de esta persona y la capacidad de reconstruir sobre circunstancias o factores adversos (Moreno-Jiménez, Garrosa, y Gálvez, 2005). De esta manera, se considera a la resiliencia como un enfoque de protección, el cual es complementado con el enfoque de riesgo (Salotti, 2006).

La capacidad que tengan las personas para afrontar situaciones de riesgo y la capacidad de ajustarse a estados de malestar psicosocial no solo tienen efectos personales, sino que también estas pueden ser compartidas con la familia a raíz de los duelos que se generan tras un evento de desastre natural, como inundaciones por lluvia, terremotos y erupciones volcánicas. La Organización Mundial de la Salud (1998) menciona que existen características identificadas dentro de las personas resilientes, como son la competencia social, la resolución de problemas, la autonomía, y el sentido de propósito y futuro (Salotti, 2006).

Existen pocos estudios de resiliencia en poblaciones urbanas, sin embargo, el riesgo aumenta en aquellas comunidades urbanas donde existe una mayor actividad laboral, en un área geográfica determinada. La infraestructura deteriorada que se encuentre en un área urbana específica es una causa de riesgo. La falta de señalización para una evacuación, así como el desconocimiento de los residentes de un plan de prevención antes que ocurra un evento y la inexistencia de comité local también se convierten en factores de riesgo.

Los efectos que pueden convertirse al mismo tiempo en riesgo son el descontrol de emociones en situación de crisis, la pérdida de viviendas y seres humanos, el desorden en las evacuaciones y la presencia de estrés postraumático.

Si la persona se enfrenta a situaciones estresantes o potencialmente estresantes, la evaluación de la situación conlleva a una predisposición, que se considera un esfuerzo cognitivo y conductual que, ante la satisfacción de demandas del cuerpo y de la mente, así como del entorno, reduce, minimiza o tolera la demanda. Es decir, en la transacción que existe entre la demanda del entorno y la de la misma persona hay un impacto estresor. Dependiendo de los recursos que tenga la persona, llámensele personales, sociales o culturales, se disponen para hacerle frente a esa situación estresora (Barraza, 2007).

Los recursos y disposiciones al servicio de la persona es lo que se define como *estrategias de afrontamiento* (Barraza, 2007). En este sentido, podemos hablar de condicionantes mentales para la acción. El estado de capacidad de respuesta de las personas ante los riesgos que ocasionan los desastres naturales lleva a una toma de decisiones que afecta a su grupo familiar. Si bien es cierto que las estrategias de afrontamiento son individuales y no recogen las respuestas colectivas o comunitarias, sí inciden en la evaluación de su entorno y pueden facilitar la protección (Salotti, 2006) o aumentar el riesgo de sus familias y, por ende, de su comunidad debido a que comparten y experimentan colectivamente los riesgos.

Se espera que dentro de las comunidades o colonias que presentan algún riesgo de desastre reflejen la capacidad de un pensamiento positivo, que no solo disminuya el estrés, sino que también que logre que sus residentes estén en la posibilidad de identificar los riesgos para ellos y sus familias; se fortalezca la capacidad de reducir la ira surgida ante la desesperanza, las pérdidas y los síntomas afectivos negativos que la consecuencia del desastre genera. Además, se esperaría que el mantener un estado de resiliencia aumente el conocimiento de la realidad que se vive durante los desastres; la capacidad de establecer nuevas relaciones de independencia y autonomía para satisfacer sus necesidades. El resultado del goce de una resiliencia positiva o negativa estriba en generar un estilo de afrontamiento adaptativo o inadaptativo, en responder con estrategias de afrontamiento positivo o pasivo (Salotti, 2006), respectivamente. En los informes de organizaciones de prevención recomiendan que se debe integrar la reducción

de riesgos, para lo cual es necesario incluir este tema en la planificación de las agendas departamentales y en las instituciones gubernamentales (Oxfam Internacional, 2013).

La relevancia de esta temática se debe a que los habitantes de una zona geográfica determinada, en contextos ambientales y sociodemográficos, se vuelven vulnerables ante eventos de desastres naturales. El conocer los comportamientos de sus pobladores y la capacidad para afrontar el riesgo facilita que las instituciones gubernamentales y las ONG propongan programas de formación en gestión de riesgo, a fin de minimizar los efectos que se puedan generar al momento de sufrirse.

Los aportes generados a partir de los hallazgos en materia de resiliencia abonarán a los paradigmas que en la actualidad se tienen, a escala nacional, sobre los comportamientos cognitivos, afectivos y sociales que puedan tener impacto en las personas y familias frente a la pronta respuesta dentro de un sistema de alertas en caso de emergencia. Este planteamiento nos lleva a preguntar: ¿Están organizadas las personas individualmente y sus familias para crear condiciones de afrontamiento ante los eventos catastróficos causados por desastres naturales? Las personas, ¿desde antes de un evento de desastre natural, esperan que la ayuda estatal aparezca? ¿El comportamiento pasivo que puedan mostrar las personas ante un evento catastrófico por desastres naturales es una manera propia de actuar y solventar aquellos problemas que pueden constituir un riesgo para su vida? ¿Cuál es la capacidad de las personas y de las familias para enfrentar las situaciones futuras de desastres? ¿Presentan capacidades de afrontamiento las personas y sus familias ante los riesgos por desastres naturales?

El objetivo que se persigue es identificar las capacidades de afrontamiento que las personas y familias del barrio Santa Anita tienen ante los riesgos de desastres naturales. Y, para su cumplimiento, los objetivos específicos planteados fueron los siguientes: 1) identificar si existe un patrón de características sociodemográficas de las personas y familias que residen en el barrio Santa Anita asociado con la presencia de un afrontamiento activo antes del surgimiento de eventos que generen desastres naturales; 2) describir las capacidades de afrontamiento activo y pasivo de las personas y familias; 3) identificar cuáles son las variaciones en las capacidades de afrontamiento según características sociodemográficas; 4) identificar cuáles son las medidas de protección que pueden utilizar en un momento de riesgo por desastres naturales, y 5) identificar la percepción que tienen sobre las instituciones que apoyan en casos de desastres naturales.

El enfoque de la Psicología transaccional de Lazarus y Folkman (1984; citado por Fierro, 1996) dio una importante aportación teórica sobre el estrés y como este incidía en los cambios de actuación de las personas en su relación con el entorno. Ya Costa, Somerfield y McRae (1996) definieron el afrontamiento, años después, como “una especial categoría de adaptación elicitada en el individuo por circunstancias inusualmente abrumadoras” (p.10), es decir, en un evento de vida que sobrepase las expectativas de la persona, esta puede sacar información interna de su ser y traspararla a otra, y esta información le permite no solo pensar, sino que también le facilita el comportamiento que utilizará para superar el evento sucedido con éxito (citado en Fierro, 1996).

Lazarus y Folkman (1984) definen el afrontamiento como un “esfuerzo cognitivo y comportamental (p.10) constantemente cambiante para manejar las demandas específicas externas o internas apreciadas como excedentes o que desbordan los recursos del individuo (citado en Fierro, 1996). Esto implica que el afrontamiento es sacar recursos de donde faltan. Por lo tanto, ocurren en este proceso dos momentos: el de apreciación y el de reconsideración. Para completar estos dos momentos, el afrontamiento presenta dos funciones: la primera va dirigida al objeto y la segunda a las emociones. Esto condiciona que se de, a partir de estos momentos, una toma de decisiones: modificar el entorno o no hace algo para modificarlo. En un primer momento, el afrontamiento pasa por una etapa cognitiva, pero luego se integra a las emociones, a través de la experiencia y la vivencia, se vinculan los sentimientos al ser evocados las vivencias, pasadas y presentes, que le facilitan a la persona actuar.

Toda estrategia de afrontamiento parte de una cognición, de la memoria, de la atención, de una percepción cognitiva, que luego pasa a la acción por la función de la acción de afrontar (Fierro, 1996). Se parte por lo tanto de la idea de que el afrontamiento también es una acción. La teoría de la psicología de la acción plantea una serie de tesis y conceptos: “El primero es que los sentimientos modelan los pensamientos y los actos; segundo, que los pensamientos moldean los actos y los sentimientos; tercero, que los actos modelan los pensamientos y los sentimientos; y cuarto, que el entorno modela pensamientos, sentimientos y actos” (Lazarus y Folkman, 1984; citado por Fierro, 1996).

Para entender el afrontamiento es necesario considerar lo cognitivo, lo afectivo y lo comportamental al momento de afrontar una crisis de cualquier tipo que genere estrés, incluyendo la ocasionada por eventos catastróficos del entorno, como los desastres naturales. En esa tríada es que se ubican los comportamientos personales y familiares. La duración en el tiempo de este afrontamiento depende del curso de las determinaciones mutuas. Bandura (1978; citado en Fierro, 1996) explica en su teoría el curso de las determinaciones recíprocas y enfatiza que cada evento que tiene un entrada física-social tiene, a su vez, una entrada biológica; cada instancia perdura y es como una unidad sustantiva, de tal manera que, al sincronizarse, la realidad puede ser perdurable, permanente, aun durante los cambios que ocurran, y son soportes para otros eventos. En este sentido, se convierten en constantes que se manifiestan a través de los estados.

El término *resiliencia* tiene varias acepciones; es utilizado, en un primer momento, para describir químicamente cualidades de plasticidad y elasticidad; ha sido empleado posteriormente para referirse a una habilidad de recuperarse pronto de eventos de crisis en la vida (Villalba, 2003). Esto ha permitido también que surjan palabras derivadas, como *resiliente*, que hace referencia a la persona que logra sobreponerse a situaciones desafortunadas, incluyendo enfermedades. Villalba (2003), citando a Masten y Coatworth (1998), comprende que este concepto es un constructo que, en contextos de amenaza significativa para el desarrollo de la persona, existen fenómenos que facilitan una adaptación exitosa, superando la crisis. La característica principal son los buenos resultados, a pesar de las amenazas a la adaptación o al desarrollo de las personas (Becoña, 2006).

Para conceptualizar la resiliencia, autores como (Moreno-Jiménez, Garrosa y Gálvez, 2005) proponen un enfoque de personalidad positiva o resiliente. Para estos autores, se debe considerar la personalidad como un agente activo en la búsqueda de la salud dentro del contexto social y cultural en el que está inmerso. En este enfoque se enfatiza un papel activo ante su salud y no pasivo; una personalidad vista como un proceso y no como un rasgo. La personalidad como rasgo es vista desde la Psicología clínica, considerando los postulados de Allport, por lo que el papel activo de la persona resiliente se centra en las pautas de interacción entre la persona, sus próximos y el entorno.

Para este estudio, se considera el concepto de *resiliencia* como la capacidad de superar los eventos adversos con éxito a través de la formación de patrones de afrontamiento, incluyendo los

relacionales que le dan un sentido intrínseco a la persona (Becoña, 2006); como un proceso de adaptación vinculado con un conjunto de habilidades, capacidades, comportamientos y acciones para afrontar la adversidad (Schmale, 2012).

Becoña (2006), citando a Polk (1997), combinó atributos psicosociales y físicos, creando cuatro tipos de patrones de resiliencia: disposicional, relacional, situacional y filosófico. Estos patrones formados dieron sentido al constructo de resiliencia. La tipología relacional a nivel intrínseco permite tener la habilidad de buscar modelos de actuación positiva, buscar personas en quien confiar y relacionarse en la búsqueda de una intimidad personal y darle sentido a la vida. Por lo que se consideran como los patrones de características sociodemográficas de las personas aquellas características sociales que forman patrones demográficos en una ubicación geográfica y que describen a una población en cuanto a variables como la edad, el sexo, estado civil, tipo de trabajo, nivel educativo y otros.

Villalba (2003) describe que un evento de crisis puede producir un gran cambio en el sistema familiar; y este cambio puede producir una reorganización inmediata de los miembros de la familia. En estos casos, son las creencias comunes de los miembros sobre la situación crítica, así como los recursos comunitarios con los que cuentan lo que le da sentido a generar en las personas la capacidad de enfrentarse y de categorizarse como resiliente. El poder disponer de los recursos comunitarios por la familia genera optimismo y confianza en cada miembro.

Para Villalba (2003), no solo los recursos básicos son claves para formar resiliencia, sino también los no tangibles, como la confianza, el sentimiento de dignidad, el futuro del grupo, la renuncia a la vida y los déficits en su autovaloración. Surge también en este contexto una exigencia de sensibilidad por mejorar la familia y la situación concreta de vida. En este sentido, la resiliencia se define como un proceso de adaptación vinculado con un conjunto de habilidades, capacidades, comportamientos y acciones para afrontar la adversidad (Schmale, 2012), que está vinculado con la capacidad de afrontamiento, se tomará como afrontamiento los conceptos de Costa, Sommerfield y McRae (1996) así como el de Lazarus y Folkman (1984), ambos citados en Fierro (1996), para afirmar que ante los desastres naturales la capacidad de afrontamientos se describe como una respuesta adaptativa, que le facilita a la persona ante la exposición a estos eventos adversos y que sobrepasan la capacidad de recursos internos y externos, a cambiar cognitiva y afectivamente en la búsqueda de un

equilibrio ante las demandas del momento antes, durante y después de un evento catastrófico.

Villagrán, Reyes y Wlodarczyk (2014), en sus estudios encontraron, en las personas que sufrieron el terremoto de Chile en el 2010, que la mejoría en sus relaciones interpersonales estuvo vinculada con un afrontamiento de forma activa ante los efectos del evento sufrido. Mientras que las personas que afrontan los desastres pasivamente o que recurren a estrategias de evitación y aislamiento su resiliencia es parcial, y solo perciben cambios o mejoras en sí mismas. En estudios realizados en población argentina, los sujetos que mostraron estrategias de afrontamiento más pasiva expresaron mayor incapacidad para resolver los problemas y para el rechazo consciente a situaciones problemáticas, por lo que autoinformaron un bajo nivel de bienestar (Salotti, 2006).

Método

El método utilizado en la investigación es deductivo, en cuanto que el fenómeno social ya está instalado y la deconstrucción de la realidad está basada en datos de fuentes primarias. El diseño es descriptivo, correlacional. La hipótesis planteada fue si existen diferencias significativas entre el afrontamiento activo y el pasivo antes de un evento de desastre natural que permitan planificar acciones de protección.

El marco muestral estuvo definido durante un período de trabajo comunitario en el barrio Santa Anita, del área metropolitana de San Salvador, El Salvador. Se trabajó el bloque 1, ya digitalizado por protección civil de la alcaldía municipal de San Salvador mediante un mapeo comunitario, acompañados por protección civil, y líderes y lideresas comunitarios, el cual alberga aproximadamente 500 viviendas, con una población de 1.800 residentes. El barrio está compuesto por cinco bloques.

Participantes

El muestreo fue intencional de 224 participantes, miembros de igual número de familias, quienes voluntariamente contribuyeron al estudio, aplicándole un cuestionario autoinformado a un miembro de cada familia. Se consideró un miembro en cada vivienda. La muestra se recolectó en el período de abril a mayo del 2014.

Las características sociodemográficas de los 224 miembros representantes de las familias se describen en la siguiente tabla:

Instrumento

Se elaboró un cuestionario con dos escalas: la de afrontamiento frente a riesgos extremos adaptada por López-Vázquez y Marván (2004), de la escala original de origen francés "Echelle Toulousaine de Coping" (1994) presentada por Esparbes, Sordes-Ader y Tap en 1994. Y una segunda ad hoc, que es la percepción de instituciones que apoyan a los residentes del barrio sobre este tema y las medidas de protección que toman estos en cuanto a los servicios básicos, adaptada de la escala de López-Calleja y Núñez (2014), que aborda los principales rasgos de la percepción de peligro. De ella se retomaron las medidas de aseguramiento y la confianza de las instituciones. La escala de afrontamiento consta de 26 reactivos agrupados en dos factores: afrontamiento activo y afrontamiento pasivo.

La confiabilidad de la escala de afrontamiento arrojó un alfa de Cronbach de 0.81. Los ítems que miden el afrontamiento activo son los siguientes: 5. *Analizo las circunstancias para saber qué hacer*, 8. *Busco información con personas que saben*, 9. *Consulta sobre el problema con profesionales*, 10. *Controlo en todo momento mis emociones*, 11. *Hablo con mi familia para compartir emociones*, 13. *Hago frente directamente a la situación*, 14. *Hago modificaciones en mi entorno para evitar un desastre*, 15. *He establecido mi propio plan de prevención y lo pongo en marcha*, 17. *Me fijo objetivos y redoblo esfuerzos*, 19. *Participo más en actividades de prevención civil*, 20. *Reflexiono sobre las estrategias a utilizar*, 22. *Tengo un plan preventivo y lo sigo*, 23. *Trato de cambiar mis hábitos de vida en función del problema*, 25. *Trato de no precipitarme y de reflexionar sobre los pasos a seguir*.

Los ítems que miden el afrontamiento pasivo son doce: 1. *Acepto la situación pues es inevitable*, 2. *Deseo un milagro y ruego a Dios para que me ayude*, 3. *Rechazo la idea de que esta situación es grave*, 4. *Algunas veces no hago lo que ya había previsto hacer*, 6. *Bromeo y tomo las cosas a la ligera*, 7. *Busco actividades para pensar en otra cosa*, 12. *Hago como si el peligro no existiera*, 16. *Me es difícil describir lo que siento frente a esta situación*, 18. *Me paseo para distraerme*, 21. *Sigo lo que hacen los demás*, 24. *Trato de no pensar en el problema*, 26. *Trato de no sentir nada*.

Los 26 ítems fueron contestados en una escala de Likert de cinco puntos: 1) *para nada*, 2) *rara vez*, 3) *a veces*, 4) *seguido* y 5) *muy seguido*.

En la muestra final, el análisis factorial de la escala de afrontamiento a riesgos extremos arrojó, mediante la prueba de adecuación muestral de Káiser-Meyer-Olkin KMO DE .813 y un chi-cuadrado aproximado de 1301.436, según la prueba de esfericidad de Bartlett, $p < 0.001$; la confiabilidad de .82 se obtuvo mediante la aplicación del alfa de Cronbach. La confiabilidad de la escala de afrontamiento activo fue de .83 y la de afrontamiento pasivo de .67

La escala mide las capacidades de afrontamiento individuales, la interacción entre la persona y el medio ambiente y no incluye la capacidad de acción comunitaria que explica la interacción de todos los miembros interactuando juntos ante un evento común.

Análisis estadístico

El tipo de análisis que se realizó fue descriptivo y correlacional, utilizando pruebas de Rho de Spearman; y se aplicaron pruebas no paramétricas, como la prueba U de Mann Whitney y Kruskal Wallis para comparar las características sociodemográficas con la presencia de afrontamientos activo y pasivo en la población participante.

Resultados

Los resultados descriptivos trabajados para el objetivo sobre identificar si existe un patrón de características sociodemográficas de las personas y familias que residen en el barrio Santa Anita asociado con la presencia de un afrontamiento activo antes del surgimiento de eventos que generen desastres naturales se abordó por edad, sexo, nivel educativo, estado civil y tipo de trabajo.

Los miembros de las familias del bloque 1 del barrio Santa Anita, de la zona metropolitana de San Salvador, no presentaron diferencias significativas en la forma de afrontar los riesgos según el sexo. Solamente en dos ítems puede valorarse esta diferencia: utilizando la prueba U de Mann-Whitney, los hombres se fijan objetivos y redoblan sus esfuerzos ante las situaciones de desastres más que las mujeres ($Z = -3.022$, $M(\text{m}) = 123.84$, $M(\text{f}) = 98.19$, $p = .003$); y los hombres participan más en actividades de prevención civil que las mujeres ($Z = -2.053$, $M(\text{m}) = 119.83$, $M(\text{f}) = 102.72$, $p = .04$). A partir de estos resultados, en dos ítems de la variable se utilizó la prueba *t* de Student para muestras independientes, relacionando el afrontamiento activo y el pasivo según sexo. Se confirmó que no hay diferencias estadísticas significativas entre hombres y mujeres para afrontar activamente los riesgos ($t(221) = .894$,

$p = .37$); sin embargo, las diferencias se encuentran entre hombres y mujeres en el afrontamiento pasivo ($t_{(224)} = 2.148$, $p = .033$); las mujeres presentan una media mayor que la de los hombres ($M(f) = 26.80$, $M(m) = 22.64$).

Según la edad, solo en cinco ítems se evidenciaron diferencias significativas entre los grupos. Estas diferencias son importantes en tanto que el grupo con rangos de edad mayor a 51 años es el que más diferencia presenta. Utilizando la prueba de Kruskal-Wallis, se evidenció que los miembros de las familias que están mayores controlan mejor sus emoción ($\chi^2 = 7.63$, $M_{(51+)} = 125.18$, $p = .022$); hablan con su familia para compartir emociones ($\chi^2 = 6.29$, $M_{(51+)} = 122.80$, $p = .043$); hacen frente directamente a la situación ($\chi^2 = 9.36$, $M_{(51+)} = 129.82$, $p = .009$); hacen modificaciones en su entorno para evitar los desastres ($\chi^2 = 5.97$, $M_{(51+)} = 125.08$, $p = .05$); han establecido un propio plan de prevención que lo ponen en práctica ($\chi^2 = 10.47$, $M_{(51+)} = 130.29$, $p = .005$). Los miembros con mayor edad tienen un plan preventivo que lo siguen ($\chi^2 = 8.4$, $M_{(51+)} = 130.00$, $p = .015$); y tratan de no sentir algo que les pueda afectar ($\chi^2 = 6.52$, $M_{(51+)} = 124.65$, $p = .038$).

Relacionando la variable *edad* con el afrontamiento activo y el pasivo, se encontró que existe una relación significativa entre la edad y el afrontamiento activo ($r_s = .196^{**}$, $M_{(51+)} = 128.79$, $p = .003$); la fuerza de la relación aun así es muy débil, por lo que no se puede explicar la relación por sí misma. En cuanto a la relación de la edad con el afrontamiento pasivo, también es significativa ($r_s = .177^{**}$, $M_{(51+)} = 127.08$, $p = .008$), y la fuerza de la relación es bastante débil porque solo logra explicar el 3 % del afrontamiento pasivo de los participantes según la edad. En los demás grupos de edad, no se encontraron diferencias para afrontar los riesgos de forma diferente.

Según su estado civil son las personas casadas las que muestran diferencias significativas entre el grupo en dos ítems: utilizando la prueba de Kruskal-Wallis, los casados analizan las circunstancias para saber qué hacer ($\chi^2 = 11.29$, $M_{(c)} = 133.18$, $p = .024$) y enfrentan la situación de forma directa ($\chi^2 = 13.72$, $M_{(c)} = 135.89$, $p = .008$). Sin embargo, son los divorciados los que tienen un plan y lo siguen ($\chi^2 = 10.29$, $M_{(d)} = 161.06$, $p = .036$).

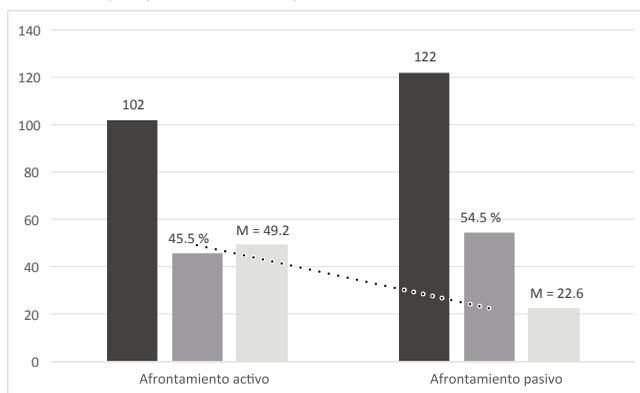
Utilizando la prueba Rho de Spearman, se evidenció que no existe una relación estadísticamente significativa entre el estado civil y el afrontamiento activo y pasivo; posiblemente las respuestas de los participantes se deban a otras variables que no están incluidas en este estudio.

El nivel educativo no presentó alguna diferencia sobre el afrontamiento al riesgo de desastres naturales. Utilizando prueba no paramétrica de Kruskal Wallis no se encontraron diferencias según el nivel de estudios.

Sobre la ocupación laboral de los participantes, no se encontraron diferencias estadísticas entre los grupos.

Para cumplir con el objetivo de identificar las variaciones en las capacidades de afrontamiento en las personas, y de acuerdo con el planteamiento de la hipótesis, se correlacionaron las dos variables de afrontamiento activo y pasivo. Utilizando la prueba de correlación de Pearson se encontró que la relación de estas dos variables entre los residentes de la colonia muestran que existe una relación entre estas dos variables ($r = .332^{**}$, $M_{(aa)} = 49.23$, $p < .000$); los miembros de la comunidad presentan un mayor afrontamiento activo que pasivo ($M_{(ap)} = 22.56$).

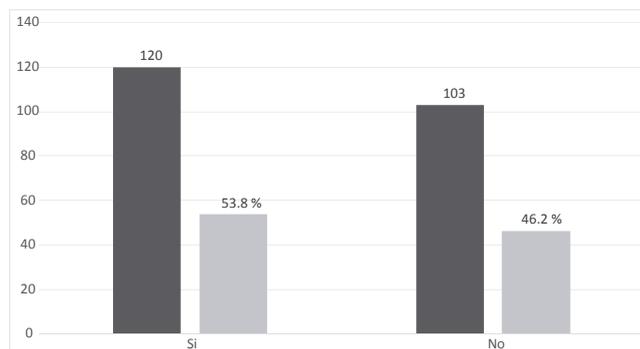
Figura 2. Comparación del afrontamiento activo y pasivo que presentan las personas en la comunidad



La relación entre estos dos tipos de afrontamiento se considera débil, aunque explica más de un 11 % del afrontamiento presentado por los participantes. El modelo es explicado en un bajo porcentaje.

Al analizar las medidas de protección que utilizan las personas en un momento de riesgo por desastres naturales, resulta que son las siguientes:

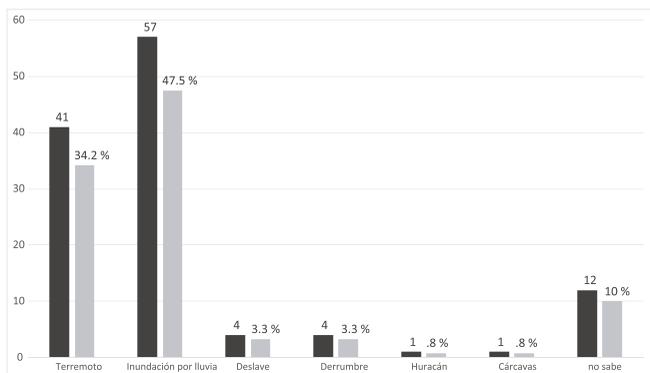
Figura 3. Conocimiento de algún desastre natural ocurrido en su comunidad



Un porcentaje bastante alto de personas que residen en el barrio Santa Anita no conocen sobre los desastres ocurridos en su comunidad.

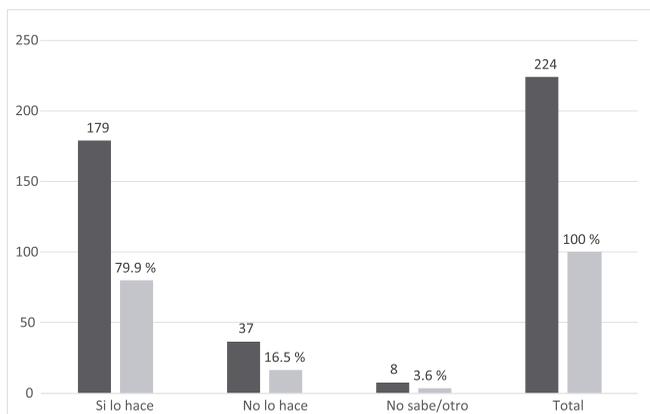
Entre el grupo de residentes participantes, se les solicitó que expresaran qué tipo de evento conocían que hubiera ocurrido en el barrio. Un alto porcentaje refiere que son las inundaciones por lluvias las que con mayor frecuencia se presentan.

Figura 4. Conocimiento sobre tipo de desastre natural con el que se enfrentan los residentes en el barrio Santa Anita (n = 120)



En cuanto a las medidas que toman las personas para asegurar su vivienda, tenemos que un porcentaje significativo lo hace. Sin embargo, hay un 16,5 % que no lo ha hecho antes de que ocurra; y un porcentaje pequeño, pero no menos significativo, no sabe que tiene que asegurar su vivienda (3,6 %).

Figura 5. Medidas que toman las personas para asegurar su vivienda (n = 224)



Un buen porcentaje (84,4 %) toma medidas para asegurar el agua. Sin embargo, hay un porcentaje que no lo hace y otro que no sabe que se debe asegurar antes que ocurra un evento desastroso.

Figura 6. Medidas que toman las personas para asegurar el agua (n = 224)

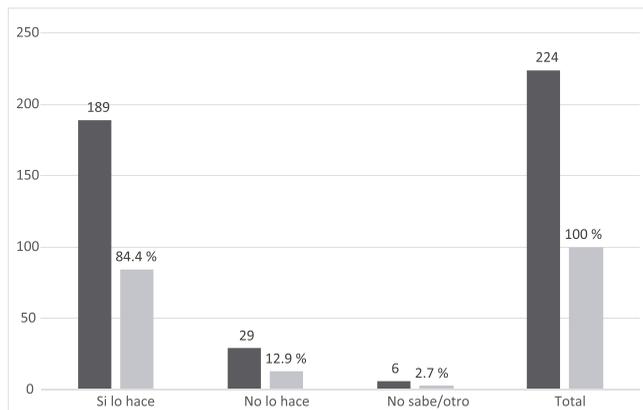
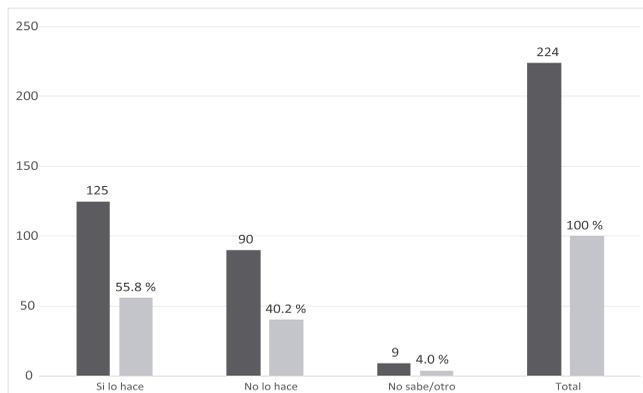
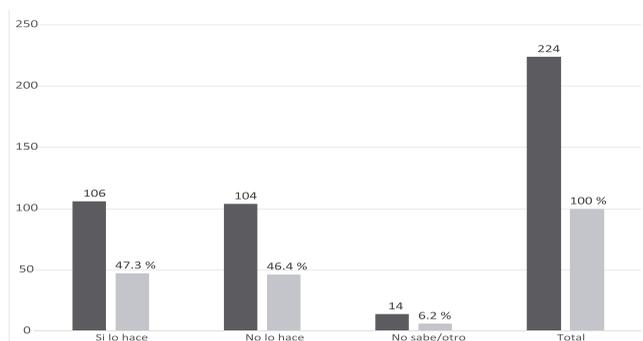


Figura 7. Personas que se evacuarían hacia donde familiares y amigos en caso de un desastre natural



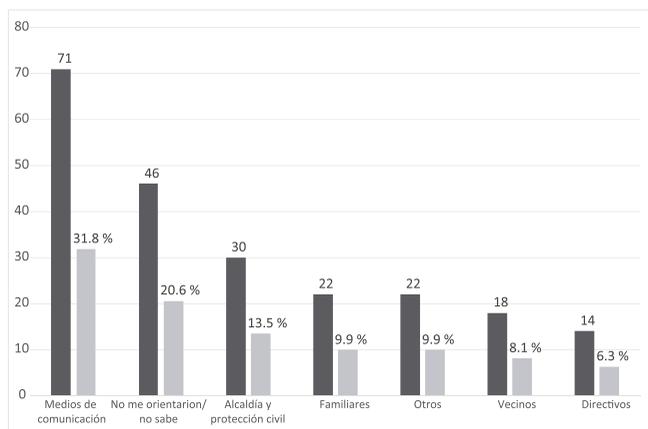
En cuanto a la posibilidad de buscar un albergue cercano en caso de un desastre, las personas respondieron bastante similar; en tanto que un 40,2 % refirió que no se albergaría con sus familiares, y un 47,3 % tiene tendencia a refugiarse en un albergue. Posiblemente algunos, aunque tengan un recurso familiar adonde acudir, preferirían un albergue cercano.

Figura 8. Personas que se evacuarían hacia un albergue en caso de un desastre natural natural



Sobre el objetivo de identificar la percepción de los habitantes del barrio Santa Anita sobre las instituciones que apoyan en casos de desastres naturales, las personas que residen en el barrio se encontraron los siguientes resultados:

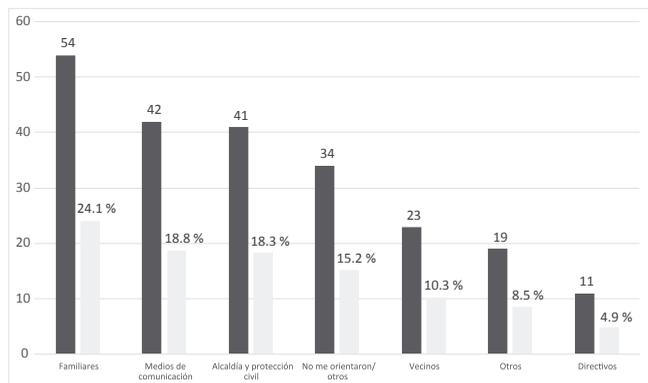
Figura 9. Percepción de las personas sobre qué instituciones apoyan en caso de desastres



Para los participantes del estudio, son los medios de comunicación los que más apoyan; y en un menor porcentaje, la alcaldía y protección civil. Hay más de un 20 % que refirió que no lo habían orientado o que no sabe si hay alguna institución que puede apoyarlo.

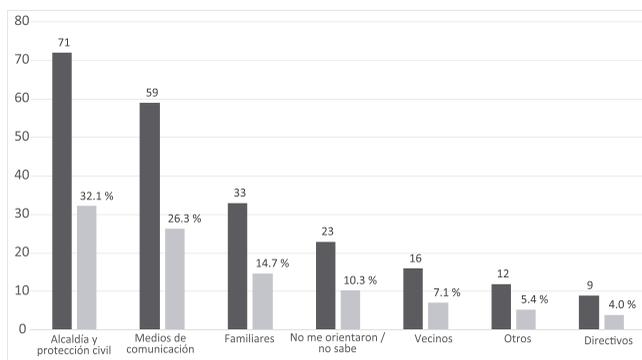
En cuanto a la percepción de los participantes sobre las personas o instituciones que les ayudan a prepararse para prevenir los peligros, perciben que son sus familiares los que les apoyan para prepararse y luego son los medios de comunicación; en tercer lugar, las alcaldías y protección civil.

Figura 10. Percepción sobre personas o instituciones que apoyan a prepararse para prevenir los peligros



Los participantes del estudio confían más en la información que reciben de la alcaldía y de protección civil sobre los peligros ante los desastres naturales.

Figura 11. Personas o instituciones en los que las personas del barrio Santa Anita tienen más confianza sobre la información que le dan sobre los peligros ante los desastres



Para los participantes, es la alcaldía y protección civil en los que más confían para conocer los peligros que pueden correr en caso de un desastre natural. En segundo lugar, son los medios de comunicación y, en tercero, los familiares.

Discusión de resultados

Los resultados sobre identificar si existe un patrón de características sociodemográficas de las personas y familias que residen en el barrio Santa Anita, asociado con la presencia de un afrontamiento activo antes del surgimiento de eventos que generen desastres naturales, no presentaron diferencias en cómo afrontan los riesgos según sexo. Hombres y mujeres presentan cogniciones, afectividades y comportamientos iguales. Se encontraron diferencias de afrontamiento activo según la edad, pero la asociación es muy débil y sugiere que hay otras variables que están incidiendo en el afrontamiento.

El estado civil no presentó diferencias significativas para afrontar, pero las personas casadas cognitivamente tienden a analizar las situaciones de riesgo para actuar y pueden enfrentar las situaciones directamente, mientras que los divorciados tienden a tener un plan, el cual están dispuestos a seguirlo. Esto sugiere que posiblemente los procesos de volver a vivir solos les permita planificar a futuro y asegurar su vida, mientras que en los casados pudiera existir el riesgo que uno se atenga al otro y pensar en actuar hasta el momento de un evento de crisis por desastres naturales.

Si bien es cierto que se puede evidenciar que un buen porcentaje de las familias residentes del barrio Santa Anita presentan un nivel más alto de afrontamiento activo, también es de acotar que son más las familias que presentan un afrontamiento pasivo. Esto implica que protección civil tiene una mayor oportunidad de capacitar antes de que ocurra un desastre natural. Los gastos en obras de mitigación han sido siempre mayores en aquellos países en donde no ha habido una preparación (Banthia, Johnson, McCord, y Mathews, 2009).

El apoyo institucional que reciban no tiene mayor relación con la presencia de un afrontamiento activo o pasivo. Esto implica que las instituciones de apoyo, sobre todo protección civil, pueden ejecutar programas de alertas tempranas y de preparación, así como de organización de comités para trabajar antes del evento.

El afrontamiento activo de los residentes está relacionado con las medidas de aseguramiento de vivienda, del agua, los planes de buscar a su familia o irse a un albergue. Esto es importante, dado que se debe mantener la motivación de estar actualizando los planes de prevención que la familia tenga. Es una oportunidad para que las instituciones den seguimiento a estas prácticas. Por otra parte, la relación entre el afrontamiento pasivo y las medidas de aseguramiento muestran que hay una relación entre ellas; y los residentes con afrontamiento pasivo son más familias con menos aplicación de medidas de seguridad. Esto constituye un riesgo, que se convierte en mayores esfuerzos por parte del Estado en un evento por desastre natural. El riesgo todavía es mayor para las familias, ya que en los momentos de desastres naturales existe la posibilidad de que el Estado no esté preparado para atender a personas que no tienen la capacidad de respuesta adecuada ante estos eventos. La falta de toma de decisiones y planificación antes del evento sugiere que las acciones que tomen las familias afecten al grupo familiar (Barraza). El abordaje de los riesgos del hogar como los sistémicos son importantes para evitar la caída económica, social y psicológica que se genera en los eventos de desastres naturales, por lo que se debe desarrollar la capacidad de movilización de recursos tangibles e intangibles para fortalecer su capacidad de resiliencia (Banthia et al., 2009).

Conclusiones

Existen pocos estudios que describan las características sociodemográficas relacionadas con la resiliencia ante desastres naturales. La descripción de los patrones de

afrontamiento individual, familiar y comunitario se vuelven importantes frente a las reacciones que puedan surgir ante un evento catastrófico. El identificar condiciones previas al evento puede dar la posibilidad de adelantarse en un camino de pocos, varios o muchos años a su ocurrencia. El nivel de resiliencia que los pobladores de un barrio, colonia, comunidad, pueblo o sociedad tengan facilitará al Estado acciones oportunas, pertinentes y a menor costo en pérdidas humanas, materiales, de infraestructura y comunicaciones.

Este estudio se focaliza en un barrio, pero sugiere que pueden encontrarse otras poblaciones con características similares, lo que implica que los planes de prevención de riesgos por desastres no se deben de dejar para mitigar. Por otro lado, no se trata solo de implantar un programa sin consultar e identificar en la población como están sus estrategias de afrontamiento, que en un momento pueden medir esa capacidad de resiliencia. En la comunidad estudiada, la alcaldía y protección civil trabajan reduciendo riesgos en la comunidad, sin embargo, sus residentes no han elaborado una reflexión de lo que a cada uno les corresponde y han dejado como responsable principal al Estado. Esto puede explicar por qué no se encontraron diferencias para actuar con resiliencia según las características sociodemográficas de los residentes del barrio Santa Anita.

El patrón de características sociodemográficas de los residentes del barrio Santa Anita para actuar con resiliencia positiva ante un desastre no tiene diferencias según sexo, estado civil y ocupación. La edad sí incide en el afrontamiento activo, lo que sugiere que se trabaje la prevención en grupos de edades para fortalecer todos los grupos de diferente manera. Unos para actuar, y otros, para cuidarse y protegerse.

El conocimiento que el residente tiene sobre desastres está relacionado con lluvias, inundaciones y terremotos. El aseguramiento de viviendas está deficiente porque más del 21 % de las familias no ha trabajado en asegurarlas, es decir, son casas de construcciones antiguas que han tenido pequeños daños en sus estructuras o con muros vencidos, no obstante, viven en ellas.

La falta de aplicación de medidas para tratar las viviendas que tienen daños antiguos por terremotos ocurridos en el país y las inundaciones por lluvia vuelve sus viviendas débiles y propensas a deteriorarse con el tiempo. Considerando las dificultades de recibir agua constantemente debido a los cambios climáticos, los residentes no están aplicando

medidas para asegurar su provisión. Esto implica que, en caso de un desastre, el Estado tendrá que considerar medidas de abastecimiento en condiciones adecuadas para paliar esta necesidad.

Hasta el momento del estudio no se encontró una relación entre la resiliencia que presentan y el apoyo institucional del Estado, a pesar de que ya hay planes estatales para organizar las comunidades, material de información para poder ejercitar un plan de prevención, monitoreo y visitas comunitarias de parte de protección civil de San Salvador para informarles sobre la importancia de la prevención de desastres naturales. Las experiencias de desarrollo de comunidades en redes locales y la organización comunitaria para aumentar los factores protectores son consideradas recursos valiosos para afrontar con éxito en el futuro situaciones de desastres.

Referencias

- Banthia, A., Johnson, S., McCord, M., & Mathews, B. (2009). *Microinsurance that works for women: making gender-sensitive microinsurance programs*. (Internacional Labour Office, Ed.). Geneva.
- Barraza, A. (2007). El campo de estudio del estrés : del Programa de Investigación Estímulo-Respuesta al Programa de Investigación Persona-Entorno. *Revista Internacional de Psicología*, 8 (2), 1–30. Recuperado de <https://www.revistapsicologia.org/index.php/revista/article/view/48>
- Becoña, E. (2006). Resiliencia: definición, características y utilidad del concepto. *Asociación Española de Psicología Clínica Y Psicopatología*, 11 (3), 125–146. Recuperado de <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:Psicopat-2006-E3EEFE3-E4DF-43B4-C15D-FF038F693092/Documento.pdf>
- Fierro, A. (1996). Estrés, afrontamiento y adaptación. In Promolibros (Ed.), (9–38). *Hombrados*, M. Recuperado de http://www.uma.es/psicologia/docs/.../estres_afrontamiento_y_adaptacion.pdf
- Internacional, O. (2013). Ningún accidente. Resiliencia y desigualdad ante el riesgo. Reino Unido. Recuperado de <https://www.oxfam.org/es/informes/ningun-accidente>
- López-Calleja, C., & Núñez, M. (2014). Percepción del peligro de la población cubana, para los estudios de peligro, vulnerabilidad y riesgo (tres provincias occidentales). *Revista Novedades En Población*, 7 (13), 267–285. Recuperado de <http://www.novpob.uh.cu/index.php/rnp/article/view/132>
- MARN/SNET-PNUD. (2006). *Recopilación histórica de los desastres en El Salvador 1900-2005* (1a.).
- Moreno-Jiménez, B., Garrosa, E., Gálvez, M. (2005). 1 Personalidad Positiva Y Salud: *Psicología de La Salud. Temas Actuales de Investigación En Latinoamérica.*, 59–76.
- Ribes, E. (2007). Estados y límites del campo, medios de contacto y análisis molar del comportamiento: reflexiones teóricas. *Acta Comportamental*, 15 (2), 229–259.
- Salotti, P. (2006). Estudio sobre estrategias de afrontamiento y bienestar psicológico en una muestra de adolescentes de Buenos Aires. *Las Tesinas de Belgrano*, 207. Recuperado de http://www.ub.edu.ar/investigaciones/tesinas/207_salotti.pdf
- Schmale, M. (2012). El camino hacia la resiliencia Tender puentes entre socorro y desarrollo para un futuro más sostenible. *Federación Internacional de Sociedades de La Cruz Roja Y de La Media Luna Roja*.
- Villagrán, L., Reyes, C., & Wlodarczyk, A. (2014). Afrontamiento comunal , crecimiento postraumático colectivo y bienestar social en el contexto del terremoto del 27 de febrero de 2010 en Chile. *Terapia Psicológica*, 32 (3), 243–254. Recuperado de http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718...
- Villalba, C. (2003). El concepto de resiliencia individual y familiar. Aplicaciones en la intervención social The concept of individual and family resilience. *Psychosocial Intervention*, 12 (3), 283–299.